

MEMORIAS DE UN MÉDICO EN ÁFRICA ECUATORIAL

© De los textos e imágenes, herederos de Luis Lorenzo Fernández
© Fotografías de Copito de Nieve en Zoológico de Barcelona, Ettore Balocchi
© Confluencias, 2020
www.editorialconfluencias.com

Diseño y maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Impreso en España

ISBN: 978-84-121003-7-2
Depósito legal: AL 1023-2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

LUIS LORENZO FERNÁNDEZ

MEMORIAS
DE UN MÉDICO EN
ÁFRICA ECUATORIAL

Edición de
José Jesus Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL



ÍNDICE

Prólogo	13
Nota del autor	15

PRIMERA CAMPAÑA

El primer viaje	19
Santa Isabel	25
La mamá de Watson	27
Semblanza de Santa Isabel	29
Llegada a Bata	33
En Bata: club de tenis y hospital	37
La colonia	41
La ciudad de Bata	45
Gentes de Bata	49
Las playas	53
La corrida de toros	57

Asobla	61
Historias médicas	65
Alcohol	69

SEGUNDA CAMPAÑA

De regreso en Bata: el nuevo hospital	75
La plaza de correos, mi nueva casa	77
Caza	79
Fiestas de Bata	83
Consideraciones al final de mi segunda campaña	87

TERCERA CAMPAÑA

El viaje de mi tercera campaña	107
El pintor Ortega	113
Otra vez en Niefang	117
Navidades de 1959	121
La misión de Niefang	125
Mónica, la mulata	131
Conozco a mis futuras suegra y cuñada	135
La «medicina» del país	137
Tardes en Niefang	139
Los guardias coloniales	143

El partido de fútbol	147
La carrera ciclista	151
Ángel Gallo Rodeles	155
De nuevo en Bata	157
Pepe Roldán	161
Jorge Sabater Pi	163
Sitatungas en las praderas del ekuko	165
Fiestas en el club de tenis	169
El curador de indígenas: José Fornieles Alférez	171
Loli de Juan Sopranis	175
Carreño, «el minero», y «el nubes»	179

CUARTA CAMPAÑA

El regreso	185
Adiós a don Faustino	189
Picante y otras historietas	191
Maricas, miningas, mulatas	195
Los sosones	197
La vida sigue	203
Carrero blanco	205
La boda	209

QUINTA CAMPAÑA

La nueva vida	215
Mi actividad en el laboratorio	219
Visita a Senye y a Etembue	223
Viaje al interior	229

SEXTA CAMPAÑA

Copito de nieve	247
El robo	255
El asesino que no cobró	259
Cosas de forenses	263
Luis	267

SÉPTIMA CAMPAÑA

Hacia la independencia	277
Antes de la independencia	281
La independencia	283
Después de la independencia	287

MEMORIAS
DE UN MÉDICO EN
ÁFRICA ECUATORIAL

PRÓLOGO

Este libro de recuerdos empezó a escribirse en 1986. En él se recogen hechos cotidianos, aventuras, leyendas y un poco de la historia de un país llamado Guinea Española, en el que el autor vivió y trabajó durante 15 años.

La vida no era fácil. Había que acomodarse a unas nuevas costumbres, a una nueva forma de vivir, a la psicología de sus habitantes, a una nueva cultura y, sobre todo, luchar contra un clima inhóspito y hostil para el blanco, de los cuales tantas vidas se había cobrado a lo largo de la historia.

Es verdad que los españoles sufrían enfermedades desconocidas en España y carencias de todo tipo, pero también que llevaban una vida plácida y relajada, durante la cual se hacían buenos amigos y donde el trabajo era muy gratificante.

Aquella colonia española en plena África negra, otrora tierra de esclavos, conllevaba una gran carga de misterio, exotismo, lejanía de la patria y pacífica convivencia que nunca pudo ser olvidada por los que allí vivieron y trabajaron.

Prólogo

En este libro, el autor intenta plasmar su vida en aquella tierra pobre y lejana, pero llena de encanto y, a través de ella, dar a conocer algo de lo que era aquel país y sus habitantes, su mentalidad y su forma de vivir.

El Dr. Lorenzo pasó allí los mejores años de su vida y, ahora, nos lo cuenta.

JAIME LORENZO FERNÁNDEZ

Madrid, 7 de septiembre de 1996

NOTA DEL AUTOR

Cuando desembarqué en aquella pequeña colonia española del África negra, ahora llamada República de Guinea Ecuatorial, aquel era un lugar casi invisible en los mapas y desconocido para la mayoría de los españoles, entre los cuales me incluía. Era el año 1955. Allí viví quince años, hasta 1969, después de que este país consiguiera la independencia, y regresé a España definitivamente.

Ahora, en el verano del 86, tal vez por aburrimiento, he decidido escribir sobre mis años guineanos (calificados por algunos de «chorradas»). Estoy seguro de que a nadie le van a interesar, ni tampoco lo pretendo; pero recordar todo aquello ha sido un poco como revivir una época nunca olvidada. Fueron unos buenos años, llenos de grandes recuerdos, cuando la juventud aporta su optimismo e ilusiones. En aquellos lejanos territorios, donde se vivía de otra manera, pasaron muchas cosas, unas curiosas, otras importantes, unas extrañas y la mayoría intrascendentes; pero todas impregnadas de ese sabor tropical tan difícil de describir y que sólo puede entenderse habiéndolo sentido.

De aquella primitiva Guinea, situada en una de las regiones «más inhóspitas y mortíferas de África», habitada por «salvajes feroces y codiciosos», llamada «la tumba de los europeos» se había pasado a la Guinea agradable, plácida y acogedora que yo conocí. Pero llegó un día en el que la tranquilidad comenzó a alterarse, los vientos políticos comenzaron a virar. Grupos de negros, al principio tímidamente y abiertamente después, iniciaron movimientos encaminados a conseguir su independencia. El Gobierno español, al ver que el problema podía escapársele de las manos, decidió que Guinea dejara de ser una colonia y se convirtiera en dos provincias españolas: Fernando Póo y Río Muni. Pero aquello era algo tan artificial que no podía durar, y no duró.

Fue necesario dar un nuevo paso y conceder a Guinea un estatuto de autonomía, que tampoco tuvo fortuna. La lógica se impuso, y el 12 de octubre de 1968 Guinea consiguió la independencia, primero con un gobierno teóricamente democrático, luego tiránico y, por último, tras un golpe de Estado (llamado por sus autores «golpe de la libertad»), una nueva dictadura, esta vez presidida por un militar.

Como consecuencia de aquellos cambios, la inestable economía del país se desmoronó; se abandonaron fincas de café y de cacao, explotaciones madereras y negocios; cerraron factorías, el paro se extendió, los funcionarios nativos dejaron de cobrar, los trabajadores nigerianos regresaron a su país, lo mismo que hicieron los españoles, y un gran número de guineanos se exilió al Camerún, al Gabón, a España o, incluso, a Suiza.

PRIMERA
CAMPAÑA

EL PRIMER VIAJE

Cádiz era un lugar bastante diferente del barrio de Salamanca madrileño donde vivía con mis padres. De allí zarparía el barco que me llevaría primero a Tenerife y, luego, a Las Palmas. Después de unos días sin ver tierra llegamos a Monrovia, la capital de Liberia, y, finalmente, a Santa Isabel. En total, catorce días de navegación.

Los pasajeros iban llegando poco a poco; no parecían tener prisa. Más adelante comprobaría que en Guinea nadie tiene prisa por nada. Para algunos de ellos habrían de pasar varios años antes de que volvieran a disfrutar de unas vacaciones. La sirena sonó y un camarero recorrió la cubierta golpeando un pequeño gong e invitando a los visitantes a desembarcar: estábamos a punto de zarpar. A los pocos minutos, un nuevo y prolongado toque de sirena indicó el inminente inicio de nuestra singladura. Retirada la escala y sueltas las gruesas estachas que nos mantenían unidos al muelle, el práctico inició desde el puente la maniobra del desatraque. Lentamente, de forma imperceptible, nos fuimos separando del muelle. Cádiz iba que-

dándose cada vez más distante, mientras el *Sevilla*, aquel 21 de enero de 1955, enfilaba la bocana del puerto. La hasta entonces inmovilidad del barco empezaba a perderse. Ya me habían advertido que la travesía Cádiz-Canarias podía ser movida, sobre todo a la salida del Estrecho. Algunos pasajeros, veteranos de aquellos viajes, se encerraban en sus camarotes, de los que no salían hasta la llegada a Tenerife. Una de las peores cosas que te pueden pasar en un barco, naufragio aparte, es el mareo. Pronto estuvimos en mar abierto. Cádiz era ya sólo un recuerdo en la distancia y al poco nos avisarían para la cena, que en los barcos se hace temprano.

Mi compañero de camarote me dio las primeras noticias sobre el nuevo país donde nos dirigíamos, de sus costumbres, de sus enfermedades, organización sanitaria... También me informó sobre algunos compañeros de viaje, entre los que iba Martínez, veterinario del Servicio Sanitario. El resto eran comerciantes, agricultores y algún funcionario. A todos los fui conociendo en los días siguientes. En general, el colonial guineano era una persona afable, atenta, dispuesta a hacer favores y a recibirlos, entablaba pronto amistad y, a las primeras de cambio, te invitaba al inevitable whisky o al «salto» de coñac, bebidas nacionales del trópico.

En aquel, mi primer viaje en barco, no pude dejar de recordar aquellos fabulosos transatlánticos a los que nos tenía acostumbrados el cine americano. El *Sevilla* sólo se parecía a ellos en que iba por el agua y flotaba, a Dios gracias. Era un viejo y, para muchos, querido barco que estaba pidiendo a gritos el relevo. Todo él olía a gasoil, pero eso era lo de menos, pues a los pocos días ya te habías acostumbrado a su efluvio. Las

dependencias en las que transcurría mi vida eran pequeñas y cada día que pasaba lo parecían más. Un salón con pocos, pero cómodos, sillones de cuero que, en caso de temporal, podían sujetarse al suelo con unos enganches; el bar, que sería visitado con frecuencia, por no decir que continuamente; las cubiertas de paseo, el comedor y la cubierta de botes, a la que no debías subir a menos que no te importara cubrirte de negro, a causa de la carbonilla y cenizas que expulsaba aquella chimenea de aspecto volcánico.

La tripulación estaba formada por el capitán, el primer oficial, el jefe de máquinas, el médico y el cura. No hay que olvidar al «todopoderoso mayordomo», que daba la impresión de ser el amo del barco; en todas partes se notaba su presencia, excepto en el puente y en la sala de máquinas. En su gambuza o almacén llevaba víveres para el viaje de ida, el de vuelta y para vender en Guinea, las cámaras frigoríficas del barco iban repletas de productos frescos, frutas, verduras, carne y pescado para idénticos fines, sin olvidar grandes cantidades de tabaco rubio americano destinadas a vender a los negros de Monrovia. Según decían, aquellos mayordomos, cuyos cargos pasaban de padres a hijos, eran millonarios. Su poder a bordo se debía a las crematísticas atenciones que tenían con el capitán, primer oficial, etc. La hora de la cena había llegado y así era anunciada por el camarero, que gong en mano recorría la cámara. En el comedor, el capitán tenía su mesa reservada, a la que invitaba a algunos amigos y autoridades de la colonia. A mí me tocó una mesa lateral para cuatro personas, junto a un ventanal desde el que se veía el mar. La comida era buena, abundante y bien presentada. A bordo, el aburrimiento cada día era mayor, lo que me producía un gran apetito. Siempre estaba pensando en

comer. Por la mañana, el desayuno (café con leche o té, pan, mermelada, mantequilla y zumo de naranja); a media mañana, aperitivo en el bar; luego, la comida (tres platos y postre); a las cinco, el té y, pronto, la cena. Este era el programa de cada día. Tanta comida, en general elaborada con mucha grasa, solía producir trastornos digestivos a los pocos días, que obligaban a realizar una severa dieta, que, en mi caso, se quedaba reducida a una tortilla francesa.

Aquellos viajes variaban según el sentido de la ruta. Cuando se regresaba a la metrópoli, el pasaje estaba más alegre; se trataba de las vacaciones y se solía llevar algo de dinero fresco, siendo frecuentes las partidas de póker. Cuando se regresaba a Guinea, casi nadie llevaba un duro. Las vacaciones habían terminado y el personal tenía la moral muy baja. A pesar de todo, en aquel viaje se montó una buena timba, a la que nunca faltaban ni el cura del barco y ni el marido de la maestra de Bata, que nadie sabía de donde sacaba el dinero, pues su fama de vago era proverbial.

Hicimos escala en Tenerife, luego en Las Palmas de Gran Canaria y unos días después de ésta se corrió la voz: estábamos llegando a Monrovia. Por primera vez, íbamos a tener contacto con el África negra. Estaba algo nervioso y con una cierta emoción. Tuvimos que esperar fondeados a la entrada del puerto bastante tiempo, hasta que nos dieron autorización para el atraque. Mientras ésta llegaba ocurrió algo que para un novato de la vida africana como yo resultó inconcebible. Una impresionante lancha rápida de la policía liberiana, con una no menos impresionante ametralladora, se acercó a gran velocidad por la proa del barco, levantando grandes cortinas

de espuma. Paró al costado del *Sevilla*, junto al portalón de los suministros, por donde empezaron a salir fardos y más fardos de tabaco rubio, que iban siendo colocados sobre la cubierta de la lancha, la cual, una vez bien cargada, se alejó a la misma velocidad con la que había venido. El mayordomo acababa de hacer el primer negocio de aquel viaje. Aquella escena estaba siendo contemplada, a una distancia prudencial, por varios negros desarrapados a bordo de sus piraguas o cayucos. Cuando la lancha policial, una de cuyas funciones debería de ser la de combatir el contrabando de cigarrillos, se fue alejando, se acercaron al barco y entre aquellos negros y nuestros tripulantes se estableció un intenso intercambio, a pequeña escala, de cartones de tabaco por dólares americanos, moneda oficial de Liberia. Es muy posible que el retraso en el permiso del atraque se debiera a que la policía pudiera hacer su contrabando «legal» con tranquilidad.

Por fin, el *Sevilla* comenzó a moverse y, al mando de un práctico alemán, se acercó lentamente al muelle, el cual estaba lleno de negros, la mayoría braceros de la colla. También se veían policías con uniforme azul, colt al cinto y gorra abollonada, todo típicamente norteamericano. La estancia en Monrovia fue breve. Sólo unas pocas horas, pero las suficientes para decir que ya había estado en África, a pesar de no haberme movido del muelle, que era diferente a todos los que había conocido; pues tenía un gran colorido, en el que predominaba, naturalmente, el negro. La primera sorpresa fue el puerto. De una costa lisa, con un fondo de bosque, salían dos largos espigones formados por grandes piedras construidos por los norteamericanos en un tiempo record; era un puerto totalmente artificial. Entre los dos espigones, unas boyas marcaban la «calle» por la

que tenían que entrar los barcos. La segunda sorpresa fueron los negros. Nunca había visto tantos negros juntos. Llegamos a la hora de comer. Un grupo de nativos, con el torso desnudo y sudoroso, estaban sentados alrededor de una enorme perola llena de arroz blanco que comían a puñados: eran los trabajadores portuarios. Otros, más pudientes, subían a bordo a comprar tabaco, ropa usada, zapatos, alcohol y a tomar unas copas, sobre todo de coñac, al bar. Previamente, habíamos sido advertidos para que cerráramos los camarotes con llave para evitar los frecuentes robos.

Monrovia, junto al río Mesurado, era la capital de la República de Liberia, país de curiosa historia. Su costa, formada por una llanura llamada la Costa de la Pimienta, fue recorrida en 1461 por el portugués Pedro de Cintra. En su parte sur se encontraba la región de Kru, de donde procedían los famosos krumanes.